

CALVINO

y la Iglesia de Inglaterra

por Steven Wedgworth

Imagen de la portada:
Juan Calvino, por
Hans Holbein

John Durel fue un ministro franco-anglicano que se convirtió en un apologista reformado clave de la Iglesia de Inglaterra tras la restauración de la monarquía de la casa Estuardo. Mayormente olvidado hoy en día, Durel fue una figura clave durante el acuerdo de 1662, actuando como un enemigo importante de Richard Baxter. Uno de los logros más importantes de Durel fue conseguir el apoyo de los principales teólogos hugonotes en favor de la iglesia estatal inglesa restaurada, socavando así una parte poderosa de la polémica no conformista. En su libro, *A view of the government and public worship of God in the Reformed Churches beyond the seas: wherein is shewed their conformity and agreement with the Church of England* [Un panorama del gobierno y del culto público de Dios en las iglesias reformadas más allá del continente: donde se muestra su conformidad y acuerdo con la Iglesia de Inglaterra], Durel intenta reforzar este tipo de enfoque, reivindicando el amplio mundo reformado internacional como aliado de los asentamientos tanto Isabelino como Estuardo. Durel hace varias observaciones interesantes en ese libro, pero algunas de las más intrigantes tienen que ver con Juan Calvino.

Durel comienza anticipándose a Richard Muller. Dice que demasiada gente en su época trata a Ginebra y a Calvino como la “madre” del presbiterianismo e incluso como un ejemplo “a imitar por todas las demás iglesias y países reformados”. Durel rechaza esto por completo. Pero a continuación señala que, en primer lugar, los ginebrinos nunca reclamaron para sí tal posición. De hecho, afirma que al principio se había dejado engañar por esta

percepción y que arrastraba un prejuicio injusto contra Calvino. Sin embargo, tras leerle directamente, llegó a creer que Calvino estaba más del lado de la Iglesia de Inglaterra conformista que de los disidentes. A Durel le agradaba totalmente el Calvino poco complaciente.

Ahora bien, sin duda, esto es solo la apologética hablando. ¿Es posible que Durel tenga razón en que Calvino es más anglicano que puritano? Parece una exageración. Sin embargo, Durel señala varias fuentes en los escritos de Calvino, entre las que destaca una carta al duque de Somerset, tutor del rey Eduardo VI y Protector de Inglaterra. Esta carta es muy interesante, y me hizo adentrarme en la madriguera del conejo de las cartas de Calvino, centrándome en lo que tenía que decir sobre lo que ahora llamamos “anglicanismo”. En este ensayo reuniré estos diversos comentarios con el objetivo de formar para nosotros el comentario de Calvino sobre la naciente Iglesia de Inglaterra.

La primera carta de Calvino a Somerset

Eduardo Seymour era hermano de Juana Seymour, la tercera esposa de Enrique VIII y madre de Eduardo VI. A la muerte de Enrique, Seymour fue nombrado Protector de Inglaterra hasta que el niño Eduardo alcanzara la mayoría de edad. Eduardo Seymour se tituló entonces duque de Somerset y se aproximó al estatus real. También resultó ser un acérrimo protestante. Al escribir a Somerset, Calvino expresa lo que le gustaría ver en la recién reformada Iglesia de Inglaterra, y también

da a Somerset ciertos consejos sobre cómo hacerlo realidad. Algunas selecciones son particularmente importantes.

Calvino comienza escribiendo: “Tenemos todos los motivos para estar agradecidos con nuestro Dios y Padre, porque se ha complacido en emplearte en una obra tan excelente como la de establecer la pureza y el recto orden de Su culto en Inglaterra *por tus medios*, y establecer la doctrina de la salvación, para que sea allí fielmente proclamada a todos los que consientan en oírla...”. Calvino escribió a Somerset con el objetivo de indicarle la mejor manera de establecer “la pureza y el recto orden” del culto, así como la manera de establecer “la doctrina de la salvación”. Luego compara a Somerset, y por implicación a Eduardo VI, con el antiguo rey judío Ezequías, señalando que Dios lo preservó de lo que parecía ser la derrota y la muerte porque le dio el propósito superior de establecer Su ley y, principalmente, el verdadero culto en el reino.

A continuación, Calvino menciona “dos tipos de rebeldes” que perturban el reino. Estos son, efectivamente, los libertinos y los simpatizantes católico-romanos. El consejo de Calvino va directo al grano: “Ambos por igual merecen ser reprimidos por la espada que se te ha encomendado, ya que no solo atacan al rey, sino que contienden con Dios, que lo ha colocado en un trono real, y te ha encomendado la protección tanto de su persona como de su majestad”.

El llamado a la persecución no era algo raro en aquella época. Todo el mundo estaba de alguna manera metido en esos temas. Pero

la afirmación de Calvino de que Dios había colocado al rey en el trono con un encargo especial es importante para la política inglesa, sobre todo en lo que tiene que ver con los disidentes religiosos. Esto es aún más relevante cuando observamos que el grupo que antes denominó “libertinos” era conocido principalmente por sus opiniones sociales y políticas. Calvino los llama “un tipo extravagante de personas, que, bajo el color del evangelio, podrían poner todo patas arriba”. Y añade: “Estos locos, que querrían que el mundo entero se convirtiera en un caos de libertinaje, son contratados por Satanás para difamar el evangelio, como si este no engendrara más que revueltas contra los príncipes y toda clase de desórdenes en el mundo”. Los libertinos eran un grupo de rebeldes radicales [*levelers*]; estaban en contra de la monarquía [*monarchomachs*].

Conformidad de fe

En el resto de la carta, Calvino enumera tres maneras en que Somerset puede asegurarse de que la verdadera fe se conserve en Inglaterra. La primera tiene que ver con la “sana instrucción” y el orden de la iglesia, en particular de sus ministros. Calvino señala que la fe reformada ortodoxa ya está presente en Inglaterra para esta época. “Alabado sea Dios, no tienen que aprender cuál es la verdadera fe de los cristianos y la doctrina que deben sostener, viendo que por sus medios se ha restaurado la verdadera pureza de la fe”. A esto añade que la ley de Dios es “la única regla y el único directorio espiritual para nuestras conciencias”. Calvino elogia a Somerset porque tal sea actualmente el caso en Inglaterra, y luego da consejos sobre cómo mantenerlo así.



Edward Seymour, I Duque de Somerset

El primer imperativo de Calvino es la predicación. Critica suavemente a la Iglesia de Inglaterra por confiar demasiado en la lectura de sermones escritos de antemano. Dice que entiende la razón por la que esto era necesario, pero cree que la Iglesia necesita pasar de esto a equipar sus parroquias con ministros que sean capaces de dar vida a la Palabra en su propia homilética. “Ahora bien, esta predicación no debe ser inerte, sino viva y lista para enseñar, exhortar y reprender, como dice San Pablo al hablar de ello a Timoteo [2Ti 3:16-17]”.

Más tarde, Calvino pide un catecismo para asegurar una enseñanza uniforme. “Créanme —dice— la Iglesia de Dios nunca se preservará sin un catecismo, pues este es como la semilla que evita que el buen grano se apague y hace que se multiplique de generación en generación”. En una prosa tan tortuosa, por la que debemos culpar al traductor, Calvino añade: “En efecto, no digo que no sea bueno, e incluso necesario, obligar a los pastores y coadjutores a una cierta forma escrita, tanto para suplir la ignorancia y las deficiencias de algunos, como para manifestar mejor la conformidad y el acuerdo entre todas las iglesias”. Así, mientras Calvino quiere que los predicadores tengan la libertad de escribir sus propios sermones, no quiere que tengan la libertad de formar su propia doctrina individual.

Ahora bien, aunque Calvino la introdujo antes de la declaración sobre la catequesis, he dejado para el final la parte más llamativa de esta sección. Al pedir la uniformidad de la doctrina, Calvino también pide la suscripción confesional entre el clero. Y la forma en que lo

hace es precisamente lo que llamó la atención de John Durel. Calvino escribe: “En primer lugar, debe haber un resumen explícito de la doctrina que todos deben predicar, *que todos los prelados y coadjutores juren seguir*, y nadie debe ser recibido en ningún cargo eclesiástico si no promete preservar tal acuerdo”.

Sí, en una carta al jefe temporal de Inglaterra y al hombre que tenía el poder de reformar la Iglesia, Calvino escribe que “todos los prelados y coadjutores” deberían suscribir una confesión de fe común. Si Calvino creía firmemente que la jerarquía entre el clero era un problema, esta era su oportunidad de decirlo. En lugar de ello, da la impresión de que Somerset debería continuar con este arreglo eclesiástico, y esto después de haber dicho previamente que Somerset debería usar la espada para reprimir a cualquiera que se rebelara contra el rey.

Errores que quedan por corregir

Calvino no es todo afirmación hacia la Iglesia de Inglaterra. Señala ciertos asuntos problemáticos que aún debían ser abordados. El “tipo bastardo de cristianismo” que había instituido el Papa no ha sido desarraigado del todo. Calvino admite que la “moderación” es necesaria para la reforma. Incluso dice: “Las formas de culto deben acomodarse a la condición y gustos del pueblo”. Sin embargo, simplemente no se puede permitir que algunos abusos se enconen. “Tales corrupciones —afirma Calvino— si se permite que permanezcan, se convertirán en un poco de levadura que al final agriarán toda la masa [cf. 1Co 5:6]”.

¿Cuáles son estas corrupciones? Calvino enumera tres: la oración por los difuntos en el servicio de comunión, la crismación con aceite y el ritual sacramental de la extremaunción. En cuanto a la primera, Calvino admite que se ofrecen diversas explicaciones que disminuyen la gravedad del problema. Aun así, el peligro es muy grande. Calvino dice:

“... la Cena de Jesucristo es una acción tan sagrada que no debe ser ensuciada por invención humana alguna. Además, en la oración a Dios, no debemos tomarnos una licencia ilimitada en nuestras devociones, sino observar la regla que San Pablo nos da: debemos estar fundados en la palabra de Dios (Ro 10); por lo tanto, tal conmemoración de los muertos, que implica encomendarlos a Su gracia, es contraria a la debida forma y manera de orar; es una adición hiriente a la Cena de nuestro Señor.”

Este es el mayor problema que Calvino ve en la Iglesia de Inglaterra en 1548.

A continuación, Calvino menciona dos errores más. Según él, estos errores “posiblemente pueden ser menos reprobables”, pero aun así “no deben... ser excusados”. La crismación la descarta rápidamente: “El crisma ha sido inventado debido a un humor frívolo por aquellos que, no contentos con la institución de Jesucristo, deseaban falsificar el Espíritu Santo mediante un nuevo signo, como si el agua no fuera suficiente para el propósito”. Es importante señalar que Calvino no se opone a la noción de un signo para la impartición del Espíritu Santo. Simplemente cree que las aguas bautismales son ese signo. No hay necesidad de otro.

En cuanto a la unción, Calvino dice que este ritual cesó cuando cesaron los dones milagrosos: “Cuando los apóstoles usaban aceite en el caso de los enfermos, era para curarlos milagrosamente. Ahora, cuando el don de los milagros ha cesado, la figura ya no debe emplearse”. Puesto que los ministros ya no tienen el don permanente de la curación milagrosa, no deberían utilizar el aceite que ahora no es más que una señal vacía. Y aquí termina Calvino su lista de errores que el Protector debe corregir. Se nos podría advertir que Calvino no querría exagerar aquí. Tiene que medir su petición con cuidado. Esto es sin duda cierto. Seguramente tenía otros pensamientos. Y, sin embargo, seguramente pondría en primer lugar los asuntos más urgentes. Cuando tiene su oportunidad de hacerla valer, Calvino no pone objeciones a los obispos (de hecho, da la impresión de que los elogia), ni a una liturgia o un libro de oraciones fijos, ni a las doctrinas bautismales o eucarísticas de Inglaterra. De hecho, los tres errores que menciona Calvino han sido eliminados por desarrollos posteriores dentro del anglicanismo (aunque fueron reintroducidos con alteraciones en el siglo XX) y no están presentes en el Libro de Oración Común de 1662.

Disciplina eclesiástica

La sección final de Calvino es un llamado a la disciplina eclesiástica y a un cercado adecuado de la Mesa del Señor. Hasta que por fin tenemos el famoso énfasis puritano y presbiteriano de Calvino. Y sí, es cierto, hace un llamamiento a una disciplina más estricta, particularmente en lo que respecta a

la “prostitución”, el adulterio, la embriaguez y la blasfemia. Sin embargo, incluso aquí, las palabras de Calvino podrían sorprender a lectores posteriores. Dice: “El deber de los obispos y coadjutores es vigilar eso, a fin de que la Cena de nuestro Señor no sea contaminada por personas de vida escandalosa”. Y luego comenta: “Pero en la autoridad en la que Dios te ha puesto, *la responsabilidad principal* vuelve a recaer sobre ti, que tienes un encargo especial que se te ha dado para poner en marcha a los demás, con el propósito de que cada uno cumpla con su deber y vele diligentemente para que el orden que se haya establecido sea debidamente observado”. Así pues, como lo había dicho antes, lo repite: *obispos y coadjutores*; pero agrega que quien tiene el más alto deber de ponerlo todo en marcha es el *magistrado civil*. Los reyes ingleses posteriores agradecerían sin duda un consejo así.

Intermedio final

La evidencia de esta carta es sorprendente. Calvino respalda a la Iglesia de Inglaterra bajo Somerset y Eduardo VI. Sus críticas son bastante suaves y, de hecho, resueltas por reformas anglicanas posteriores. Por último, las afirmaciones de Calvino sobre la naturaleza, los derechos y el deber de la corona suenan más “anglicanas” que “puritanas”.

John Durel no estaba inventando cosas. Juan Calvino es amigo de los anglicanos.

Sin embargo, me gustaría examinar algunas otras cartas de Calvino a Somerset, así como sus escritos al rey Eduardo VI y a Thomas

Cranmer. En estas comunicaciones, veremos puntos similares a los de la primera carta de Calvino. En conjunto, surge una imagen coherente.

La continua correspondencia de Calvino con Somerset

Calvino escribió al menos dos cartas más al duque de Somerset. Dos años después de su carta inicial, Calvino escribió otra celebrando la restauración de Somerset tras un período de encarcelamiento en la Torre de Londres. Esta carta contenía relativamente pocos comentarios sobre el estado de la Iglesia, pero en ella, Calvino comparó a Somerset tanto con José (el de Egipto) como con el rey Ezequías. Calvino también reafirmó su confianza en el nuevo rey y animó a Somerset a “cumplir el servicio principal”, que era el mantenimiento de la verdadera religión en Inglaterra.

La tercera carta de Calvino a Somerset llegó en 1551 y fue escrita como documento justificativo a una carta enviada al rey Eduardo VI unos meses antes. Estas dos últimas cartas, como grupo, pedían al monarca inglés que reforzara el clero de la Iglesia de Inglaterra financiando mejor las universidades. Escribiendo a Somerset, Calvino pide que “se establezca un orden mejor que el que hay ahora”. Cabría esperar que Calvino pasara a una discusión polémica sobre la paridad o pluralidad entre los presbíteros, pero pasa a abordar la necesidad de velar para que se designen hombres “especialmente cualificados” para ser pastores en las iglesias. Calvino reclama la necesidad de financiar las universidades para que no se instalen en

las iglesias “pastores ignorantes”. Después pide que, una vez instalados en sus cargos, se proporcione a los pastores un adecuado y continuado apoyo financiero. Calvino critica el hecho de que quienes no simpatizan con la religión pura puedan estar beneficiándose de los ingresos de las iglesias o de las becas escolares y sostiene que la financiación debe ir a parar a los que más probablemente apoyarán la Reforma.

Cartas al Rey

A continuación, podemos consultar las cartas de Calvino al rey Eduardo VI. Le escribe una carta, pero también le dedica tres comentarios bíblicos, su enorme *Commentary on Isaiah* [Comentario de Isaías], su *Commentary on the Catholic Epistles* [Comentario de las Epístolas católicas o generales] y su comentario sobre el Salmo 78 llamado *Dedication of a new work, and Christian exhortations* [Dedicatoria de una nueva obra, y exhortaciones cristianas]. Estas dedicatorias, así como los comentarios adjuntos, son importantes en el sentido de que todas se centran en la reforma de la Iglesia y en el papel de la monarquía como apoyo a dicha reforma. Precisamente, en el Comentario de Isaías, durante su introducción, Calvino habla asumiendo directamente la persona y la voz de Isaías al dirigirse a Eduardo como Ezequías y como Ciro:

Y aquí te invoco expresamente, excelentísimo rey —o mejor dicho, Dios mismo se dirige a ti por boca de Su siervo Isaías— encargándote que, en la medida de tu capacidad y poder, lleves adelante la restauración de la Iglesia que con tanto éxito se ha iniciado en tu reino. En

primer lugar, lees y oyes diariamente que este deber te es encomendado en el reino sobre el que gobiernas. Isaías particularmente, como he dicho, define a los reyes como *padres cuidadores de la Iglesia* (Is 49:23), y no les permite retener esa ayuda que su afligida condición exige. Tampoco debería afectar ligeramente a tu mente la consideración de que el profeta pronuncia un *ay* sobre todos los reyes y naciones que se nieguen a prestarle su apoyo. Además, Majestad, ves claramente lo que exigen urgentemente los tiempos. Aunque no tengas gran éxito en tus labores, con todo, sabiendo que esta adoración es aceptable a Dios y es un sacrificio del más delicioso sabor, no debes desviarte de tu propósito en ninguna circunstancia, por calamitosa que sea. Viendo, por tanto, que Dios te exhorta a ser valiente y, al mismo tiempo, te promete el éxito, ¿por qué no deberías obedecerle alegremente cuando te llame?

Sin lugar a duda, esta es la situación del profeta Calvino. Pero no es una situación en donde un profeta está contra el rey. Más bien, aquí el profeta llama al rey a continuar con el proyecto que ha iniciado y a no retroceder ante la oposición.

En su carta a Eduardo, vemos muchas de las mismas observaciones que se hicieron a Somerset. Calvino alaba el estado general de la Reforma en Inglaterra, pero tiene algunos puntos de preocupación que continúan. Que todavía haya estas necesidades es de esperar pues “sería muy difícil purgar en un día tal abismo de superstición como el que hay en el papado”, escribe Calvino. ¿Cuáles son entonces estos errores y supersticiones restantes?



Eduardo VI de Inglaterra

Relaciones con Cranmer

Calvino tuvo una tercera serie de correspondencias con el arzobispo Thomas Cranmer. Él escribe a Cranmer dos veces en 1552, una para hablar de un concilio general entre los protestantes y otra para discutir nuevas reformas en Inglaterra. De las dos, la segunda es más valiosa para nuestros propósitos, pero ambas son importantes y ambas muestran aprecio y crítica.

La primera carta es cortés, pero evasiva. Cranmer llevaba años intentando reunir un concilio ecuménico panprotestante. Sugerido por primera vez por Philip Melanchthon en 1548, Cranmer tomó la bauta e invitó a varios teólogos protestantes a Inglaterra para un homólogo protestante del Concilio de Trento. Algunos de los invitados fueron Melanchthon, Bucero, Bullinger, Jan Laski y Juan Calvino.¹ Desgraciadamente, este plan nunca se materializó. Calvino declina cuidadosamente la invitación en su carta. Afirma la bondad del objetivo, e incluso la idoneidad de Cranmer para presidirlo. Dice: “Ilustrísimo arzobispo, ¿es necesario que, en proporción a la distinguida posición que ocupas, dirijas tu atención como lo estás haciendo hacia este objeto? No lo digo para instarte a mayores esfuerzos, ya que no solo te adelantas, por voluntad propia, a los demás, sino que también, como alentador voluntario, les apremias; lo digo para que, con mis felicitaciones, te veas fortalecido en una empresa tan auspiciosa y noble”. Sin embargo,

Calvino sugiere que no debería asistir, ya que hay mejores candidatos. Ofrece a Melanchthon y Bullinger como opciones superiores, aunque parece saber que ninguno de los dos asistirá. “¡Ojalá fuera tan capaz como mi disposición a esforzarme!”, dice Calvino.

Calvino no da una razón clara de su reticencia. MacCulloch sugiere simplemente que “no era el momento adecuado para un Concilio General”.² La situación política más amplia de Europa probablemente desempeñó algún papel, pero más probable fue la creciente hostilidad entre luteranos y reformados sobre la doctrina de la eucaristía, además del floreciente desacuerdo sobre la política entre la mayoría de los dirigentes de la Iglesia de Inglaterra y hombres como Laski y Knox. Calvino deseaba la unidad protestante tanto como Cranmer, pero intuía que un concilio en 1552 sería una situación que serviría como combustible para futuras disputas.

La segunda carta de Calvino a Cranmer se centra de nuevo en la necesidad de continuar la reforma en Inglaterra y se hace eco de las preocupaciones que antes ya había planteado a Somerset y al rey Eduardo. Calvino menciona el deseo anterior de un concilio, pero dice que es improbable que se logre. Dice que, en ese caso, sería mejor que Cranmer siguiera adelante con la reforma nacional. Calvino insta a Cranmer a crear una “Constitución religiosa” unificada para Inglaterra. Lo más probable es que esto sea una referencia al plan que Cranmer tenía de publicar un nuevo cuerpo de derecho canónico. Este plan que nunca fructificó, como tampoco lo hicieron

¹ Ver la discusión al respecto en Thomas Cranmer de MacCulloch, páginas 394, 478-479, 518-519; según MacCullough, fue Laski quien acabó causando más daño que ayuda a este respecto.

los *Artículos de religión*, aunque al final los publicaron (en lo que hoy se llama *Los treinta y nueve artículos*). Los *cuarenta y dos artículos* se redactaron a lo largo de 1552, el año en que Calvino escribió esta carta, y se publicaron en 1553.

Calvino tiene claro que Cranmer ocupa un papel singular en este proceso:

“La autoridad suprema está investida en ti, una autoridad a la que tu alto rango te da derecho, no más que la opinión previamente mantenida respecto a tu sabiduría e integridad. Los ojos de muchos están fijos en ti, bien para secundar tus esfuerzos, bien para imitar tu tibieza.”

En otras palabras, es hora de dar un paso al frente.

Calvino presiona a Cranmer de un modo sorprendentemente directo, sugiriendo que Cranmer ha sido, en efecto, demasiado tímido y tibio:

“Pero para hablar con libertad, mucho me temo —y este temor es permanente— que pasarán tantos otoños procrastinando, tantos que tarde o temprano se instalará el frío de un invierno perpetuo. Eres ahora algo avanzado en años, y esto debería estimularte a mayores esfuerzos que te ahorren el remordimiento de haber dilatado conscientemente el problema y que te hayan impedido abandonar el mundo mientras los asuntos permanezcan en tan desordenadas condiciones. Digo que las cosas permanecen en un estado desordenado, porque los abusos religiosos externos han sido corregidos de tal manera que han quedado innumerables

brotos jóvenes, los cuales siguen brotando constantemente.”

De hecho, a Calvino le preocupa que ciertas “corrupciones papales” se hayan permitido tanto que perduren hasta el punto de que “el culto puro a Dios” pueda extinguirse. Calvino también afirma que “la vida de todo el orden eclesiástico está casi extinta, o al menos no es lo suficientemente vigorosa”. Se trata de un lenguaje diferente al de cartas anteriores y podría explicar su reticencia a acudir a un concilio. Inglaterra necesita limpiar su propia casa.

Pero, de nuevo, ¿cuáles son estos problemas? Calvino no enumera algunos de los que podríamos esperar hoy en día. Repite una de sus quejas habituales. Las parroquias carecen de pastores debidamente formados. De hecho, las becas son entregadas a “glotones ociosos... que cantan vísperas en una lengua desconocida”. Calvino considera que esto es una “burla” y que es “abiertamente incompatible” con el orden y la política adecuados. Este dinero debe redirigirse inmediatamente a pastores que prediquen y enseñen hábilmente las Escrituras. Calvino recomienda que Cranmer consulte con Pedro Mártir Vermigli sobre cómo empezar a resolver este problema. (Quizá Pedro Mártir Vermigli merezca una nueva cátedra universitaria o un estipendio...). Después de todo esto, Calvino termina con su discurso. Este podría considerarse un final abrupto que sugiere que esta carta fue escrita en el contexto de una conversación más amplia con muchos puntos no declarados, pero comprendidos.

Reflexiones

¿Qué podemos sacar de estas tres series de correspondencias? Ciertamente, vemos una relación a varios niveles entre Calvino y los líderes ingleses. Existe un claro vínculo de unidad e incluso de parentesco. No hay ningún indicio de que Calvino esté escribiendo a oponentes teológicos. Al contrario, reconoce que estos hombres son algunos de los aliados más valiosos de toda la cristiandad. Calvino quiere verlos triunfar y los felicita por asegurar el verdadero evangelio. Quiere que utilicen su poder para seguir defendiendo el evangelio y realizar ciertas reformas que lo salvaguarden.

Pero Calvino también tiene críticas. Está descontento sobre todo con las oraciones a los santos. Esto era algo que tal vez podía tolerarse durante una corta temporada al comienzo de la reforma, pero de ninguna manera puede permitirse su continuidad. Calvino desea con ansias ver pastores competentes en cada parroquia inglesa. No quiere que el dinero real o los ingresos procedentes de los impuestos vayan a parar a hombres que simplemente ocuparán una posición de pajes. No debe haber ni monjes holgazanes ni cantores *latinos*. En su lugar, la Iglesia de Inglaterra necesita verdaderos pastores, hombres debidamente formados en las Escrituras para que puedan predicar y enseñar a los laicos. Calvino quiere que las universidades de Inglaterra se centren especialmente en este objetivo, y cree que hombres como Pedro Mártir Vermigli están bien situados para conseguirlo. Por último, Calvino quiere ver una mayor estabilidad en la doctrina y el orden de la Iglesia de Inglaterra. Quiere que Cranmer redacte una Confesión y

una Constitución para que las iglesias no sean arrastradas de nuevo al papismo, sino que se les permita echar raíces y reformar plenamente la nación inglesa.

Es interesante considerar las críticas de Calvino. Es claro que pensaba que la situación de la Iglesia en Inglaterra había estado marcada por, al menos, *poco* compromiso. En efecto, a veces estuvo marcada por *demasiado* compromiso. Pero cuando Calvino menciona preocupaciones particulares, estas no son las que ahora consideramos esenciales de un sistema “anglicano”, y ciertamente no representan el acuerdo de 1662. De hecho, cada una de las preocupaciones de Calvino fue abordada. Cranmer eliminó las oraciones a los santos. También introdujo a maestros calificados; y el clero inglés ascendería de ser un grupo analfabeto y vagabundo a ser el *stupor mundi*.³ Cranmer no pudo llevar a cabo su visión de la reforma del derecho canónico, aunque una versión más modesta fue aprobada bajo el reinado del rey Jacobo en 1604. Sin embargo, sí pudo aprobar los *Artículos de religión* que, con algunas modificaciones menores, se convirtieron en una Confesión de fe duradera. Y en cuanto a los cantos en latín en el servicio, también fueron eliminados y de hecho están condenados por varios de los artículos, concretamente el artículo 24 y la homilía titulada “That Common Prayers and Sacraments Ought to be Ministered in a Known Tongue” [“Las oraciones comunes y los sacramentos deben ser ministrados en una lengua conocida”], la cual aparece en el artículo 35.

Lo que constituye al Anglicanismo

Es difícil llegar a un acuerdo sobre lo que constituye el “anglicanismo” en su esencia. Hubo respuestas diferentes en el siglo XVII, y hoy en día continúan dándose respuestas diferentes. De hecho, eruditos como Anthony Milton argumentan que no deberíamos usar ese término hasta después de la restauración. Pero una forma de clarificar la distinción entre la Iglesia de Inglaterra establecida y sus críticos ingleses no conformistas es estudiar la disidencia del obispo Hooper contra ciertos elementos de su servicio de ordenación y de la controversia posterior sobre ceremonias similares y sobre la adiafóra que surgió entre los exiliados ingleses en Frankfurt. Juan Calvino ofrece su perspectiva sobre cada uno de estos aspectos en sus cartas. Aunque no de manera exhaustiva, lo que vemos en sus comentarios es coherente tanto con su teología como su estrategia práctica más amplia. En resumen, comparte las preferencias de Hooper y Knox, pero no está de acuerdo con sus estrategias. Comparte algunas de sus críticas, pero discrepa sobre la importancia de esas críticas cuando se comparan con el panorama general.

Hooper

Juan Hooper fue obispo de Gloucester y luego de Worcester, pero a menudo se le considera una especie de *proto-puritano* o, para decirlo de otra forma, usando las palabras de Richard Watson Dixon, uno de los “primeros autores de la no conformidad”. Hooper disfrutó de una relación cercana con Heinrich Bullinger, y estuvo afiliado con nombres reformados

como Martín Bucero, Jan Laski y Pedro Mártir Vermigli. Con este tipo de introducción, cualquiera esperarí un fuerte apoyo a Hooper por parte de Juan Calvino.

Calvino escribió a Bullinger en 1551, poco después de la consagración de Hooper (aunque es probable que Calvino aún no supiera que Hooper se había entregado para ser apresado y, por lo tanto, ya había sido liberado del cautiverio). Calvino discute la naturaleza de la protesta de Hooper, y escribe:

“Mientras tanto, hemos recibido la triste noticia del encarcelamiento de Hooper. Ya temía esto desde hace tiempo. Ahora me preocupa que los obispos, como si salieran victoriosos, se vuelvan mucho más insolentes y feroces. Por lo tanto, aunque admiro su firmeza al rechazar la unción, preferiría que no hubiera llevado su oposición tan lejos con respecto al gorro y la vestimenta de lino, aunque no los apruebo: esto se lo recomendé recientemente. Tiene numerosos adversarios muy poderosos, y no dudo que se lanzarán violentamente para aplastarlo. Pero confío en que el Señor estará con él, especialmente porque, según me informan, algunos se oponen traicioneramente a él, quienes, por lo demás, pretenden ser favorables al evangelio.”

Es evidente que Calvino simpatiza con Hooper. Pero notemos la calificación que hace. Calvino concuerda con que se debe disentir en la unción con aceite durante la consagración, pero no cree que “el gorro y la vestimenta de lino” estén en el mismo nivel. Calvino ha deplorado el uso del aceite en algunos de sus otros comentarios sobre la liturgia inglesa, pero la ropa clerical no es tan significativa. Esta posición es esencialmente la misma que la

de Bullinger y Pedro Mártir Vermigli.

Calvino y los problemas en Frankfurt

Frankfurt era una ciudad refugio para los exiliados durante el reinado de María, y tiene un lugar significativo en la historia anglicana debido a la controversia sobre la liturgia que estalló entre dos facciones inglesas rivales. Un grupo, asociado con John Knox, abogaba por reemplazar el Libro de Oración Común con una liturgia más nueva, mientras que el otro defendía el uso de dicho Libro. Frankfurt interesaba a Calvino por varias razones, ya que era el lugar de una iglesia de exiliados franceses, así como de los ingleses. Calvino escribió varias cartas a Frankfurt, la mayoría de las cuales estaban relacionadas con la situación francesa. Sin embargo, Calvino interactuó con las preocupaciones inglesas, lo que nos brinda una forma adicional de entender su punto de vista sobre los asuntos “anglicanos”.

Pero primero, Wesel

La primera carta relevante sobre este tema es en realidad una Carta a los exiliados en Wesel. Wesel es una ciudad en el noroeste de Alemania, y el hogar inicial de los protestantes franceses que habían estado reuniéndose como exiliados en Londres, pero que luego huyeron del continente. Muchos de ellos se mudarían más tarde a Frankfurt. Tal como sucedería en Frankfurt, los protestantes reformados en Wesel se sumieron en controversia sobre las ceremonias litúrgicas. La ciudad estaba dominada por luteranos, y los reformados

no estaban seguros de hasta qué punto podrían someterse a ciertos distintivos que les resultaban ofensivos. De nuevo, esto anticipa algunos de los problemas en Frankfurt, y las instrucciones de Calvino a Wesel concuerdan con lo que dirá más tarde a Frankfurt. Les dio este consejo:

“Con respecto a la forma a seguir en la recepción de los sacramentos, es razonable que tengan dudas y escrúpulos, pues nada es mejor que apegarse a esa pura simplicidad que recibimos del Hijo de Dios, cuyo mandato debería ser nuestra única regla, a la cual también el uso de los apóstoles se conformaba completamente. En efecto, en el momento en que nos desviamos, aunque sea un poco de tal regla, nuestra mezcla de invención humana no puede dejar de ser una corrupción. Pero nos parece que su condición es diferente a la de los pastores del lugar y la gran mayoría del pueblo. Si los pastores hicieran su deber, emplearían todos sus esfuerzos para recortar esas superficialidades que no fomentan la edificación, o más bien, que sirven para oscurecer la claridad del evangelio. Los gobernantes, por su parte, también harían bien en prestar atención. Es un vicio condenable en lo que a ellos respecta: que mantengan estas farsas sin sentido, las cuales son, por decirlo así, un residuo de supersticiones papales, cuyo recuerdo deberíamos esforzarnos por exterminar tanto como sea posible. Pero, en su capacidad de individuos privados, no solo pueden legalmente, sino que, además, deberían soportar y sufrir tales abusos que no les corresponde a ustedes corregir.”



Obispo Juan Hooper

Este marco es importante para nuestro estudio más amplio. A las claras se ve que Calvino está de acuerdo con las objeciones. Él preferiría que ciertos errores litúrgicos se eliminaran, y su liturgia preferida es más simple que la orden luterana. Pero también remarca un punto importante sobre la autoridad. Una cosa es tener un cargo de autoridad y con él poder hacer cambios apropiados de manera ordenada. Pero otra cosa es ser un individuo privado o un residente temporal en una ubicación extranjera. En casos donde alguien no tiene jurisdicción ni responsabilidad, el tal debería “soportar y sufrir tales abusos”.

Antes de explorar más sobre cómo uno está justificado someterse y subyugarse a ciertos errores litúrgicos, primero necesitamos entender la naturaleza de dicho error. ¿Cuáles son estos abusos que tiene en mente Calvino? Son “un residuo de supersticiones papales”, pero ¿exactamente cuáles son?

Calvino menciona “velas encendidas en la celebración de la eucaristía”, “pan figurado” y “casullas” entre aquellas cosas que no son tan indiferentes como para que él pueda “aprobarlas”; sin embargo, son lo suficientemente indiferentes para que los fieles “puedan acomodarse a su uso, donde ya se han establecido, cuando no tenemos autoridad para oponernos a ellas”. Calvino es claro en que él no *adoptaría* estas cosas, “pero si nuestra suerte estuviera echada en algún lugar donde prevalece una forma diferente, ninguno de nosotros... aceptaría separarse del cuerpo de la iglesia, y así privarse del uso del sacramento”. Calvino añade que no deberíamos “escandalizar” a aquellos que actualmente

emplean tales adiaforas. El hecho básico de que Calvino pueda permitir casos de adiafora no es sorprendente, pero pocos lectores supondrían que incluiría la casulla entre tales cosas indiferentes. No obstante, dependiendo de la situación local, esto es exactamente lo que hace Calvino.

En efecto, estos errores “no afectan la sustancia de la fe”. Son suficiente error para que Calvino prefiera que se eliminen, pero dado que no son esenciales, él puede decir que “es perfectamente lícito para los hijos de Dios someterse a muchas cosas con las cuales no están de acuerdo”. Añade esta regla para clarificación: “En todas las ceremonias, debemos hacer concesiones mutuas que no impliquen perjuicio para la confesión de nuestra fe, y con este fin de que la unidad de la iglesia no sea destruida por nuestro rigor o morosidad excesivos”. Cuando se trata de la mejor práctica, Calvino añade: “Deberíamos, por todos los medios honestos, preservar la mayor sobriedad posible”, pero si otros factores hacen que este objetivo sea demasiado difícil o imposible de lograr, la gente debe someterse a las costumbres y ceremonias locales mientras “no concedan a una flexibilidad defectuosa en la confesión de su fe”, ni hagan ningún “compromiso en cuanto a la doctrina”. Esta distinción entre “ceremonia” y “doctrina” es una que Calvino hace regularmente. También contrastará la ceremonia con la “adoración”. Cuando se trata de doctrina y adoración, Calvino cree que estamos totalmente vinculados a la palabra de Dios. No podemos exigirle a nadie que vaya más allá de las Escrituras, ni nosotros mismos deberíamos participar en la adoración creada

por el hombre. Sin embargo, las ceremonias particulares que se utilizan como ayudas para la adoración involucran necesariamente cierta artesanía y costumbre humanas, y aquí podemos discrepar y aun así someternos a prácticas defectuosas, con la condición de que no se nos requiera afirmar estas prácticas como doctrina o adoración en sí mismas. Este marco conceptual será muy importante para la situación en Frankfurt.

Frankfurt

Al enfocar nuestra atención en la situación más conocida en Frankfurt, debemos entender que hubo tres controversias distintas en esa ciudad. En primer lugar, el contexto más amplio de exiliados reformados en una ciudad luterana, siendo esta la controversia más peligrosa. Los magistrados de la ciudad podrían, en cualquier momento, expulsar a los reformados. En segundo lugar, hubo una controversia dentro del cuerpo de exiliados franceses, algunos de los cuales habían venido de Wesel. En las cartas de Calvino a los exiliados franceses, la controversia dominante rodea la sucesión ministerial. Los franceses no podían ponerse de acuerdo sobre un nuevo pastor, y Calvino dedica bastante tiempo instándolos a aceptar los resultados de la nueva elección. Por último, tenemos la tercera controversia, que nos interesa más: los problemas entre los ingleses.

Una útil revisión de lo que sucedió en Frankfurt puede encontrarse aquí. Algunos de los nombres importantes asociados con la controversia son John Knox —quien fue el pastor de esta congregación durante

una temporada y un crítico de la liturgia anterior utilizada en Inglaterra—, Edmund Grindal y John Jewel, hombres que ejercieron una influencia importante y salieron de la controversia más decididos a preservar la tradición del Libro de Oración Común del Rey Eduardo cuando regresaron a Inglaterra. Calvino escribió varias cartas que son relevantes para esta controversia, algunas directamente dirigidas a la iglesia en Frankfurt, una posterior dirigida a Knox y, además, una más tardía dirigida a Grindal.

Para comenzar, observemos las cartas de Calvino a la iglesia inglesa en Frankfurt. Primero les escribe el 13 de enero de 1555 (un documento listado como Carta 380). Inicia su carta con una disertación sobre la decepción que tenía porque la iglesia había permitido que una disputa en cuanto a ceremonias los dividiera. Dice: “Esto me aflige gravemente y es altamente absurdo: que haya discordia entre hermanos que son exiliados y fugitivos de su país por la misma fe; y que, por una causa que, en su dispersión, más bien debería haberlos unido estrechamente como un vínculo sagrado”. Según la opinión de Calvino, esta es una disputa que nunca debería haber ocurrido. Añade: “Esto es realmente demasiado absurdo”. A medida que Calvino continúa, se vuelve claro que deposita la mayor parte de la culpa en el grupo del Libro de Oración antes mencionado. Habla despectivamente de ciertos elementos de la antigua liturgia inglesa, y desea que los ingleses utilicen su nueva oportunidad de exilio para superar el compromiso anterior. Continúa creyendo que los problemas son técnicamente “materias indiferentes”, pero precisamente por eso, piensa que las personas

deberían estar dispuestas a ceder y tomar. “Aunque en materias indiferentes, como son los ritos externos, me muestro indulgente y flexible —escribe Calvino—; pero, al mismo tiempo, no creo conveniente ceder siempre a la caprichosa necedad de aquellos que no quieren renunciar a un solo punto de su rutina habitual”. Calvino regresará a este punto más tarde, aconsejando al grupo de Knox que no sea demasiado riguroso con los “débiles”, pero también argumenta que esos débiles no deben ser demasiado complacientes, ignorantes o tercos.

Con una ironía considerable, al menos para los lectores modernos, Calvino se coloca en una posición moderada, criticando a los “anglicanos” por ser demasiado intransigentes. A partir de ahí, lanza lo que parece ser un ataque directo a la liturgia que mantenía el grupo del Libro de Oración:

“En la liturgia anglicana, tal como me la describen, veo que había muchas tonterías que podrían ser toleradas. Con esto quiero decir que no poseía la pureza deseada. Sin embargo, los errores que no se pudieron corregir de inmediato desde el primer día, si no esconden una impiedad manifiesta, debían ser tolerados por un tiempo. Así, era lícito comenzar desde tales rudimentos, pero sería apropiado que los ministros de Cristo estudiosos, serios y virtuosos avanzaran más, eliminaran excrecencias desagradables y aspiraran a algo más puro. Si la religión sin mancha hubiera florecido hasta este momento en Inglaterra, habría sido necesario corregir muchas cosas para mejorar y eliminar muchas otras. Ahora, que estos primeros comienzos han sido

destruidos, una iglesia debe ser construida por ustedes en otro lugar, y son libres de componer nuevamente la forma que parezca mejor adaptada para el uso y edificación de esa iglesia.”

Los principios de Calvino aquí son los mismos. Los errores que ve eran tolerables hasta cierto punto. No dañaban la esencia de la religión. Sin embargo, eran “rudimentos” que deberían haberse perfeccionado con el tiempo. Dado que los exiliados ingleses se encuentran ahora en otro contexto, con nuevas libertades, deberían sentirse libres de moverse más allá de las limitaciones del acuerdo inglés anterior.

Los comentarios de Calvino sobre la “liturgia anglicana”, expresión que aquí simplemente significa la adoración establecida en Inglaterra en ese momento, son bastante críticos. El mismo Calvino ya ha llamado a esta liturgia algo “tonto”, y luego dice que sus defensores más estrictos “se deleitan tanto con la escoria como con las heces del papismo”. Sin embargo, esta expresión no debe tomarse completamente al pie de la letra. En primer lugar, Calvino ha mencionado que sus comentarios están dirigidos a la liturgia anglicana “tal como me la describen”. Esto significa que está respondiendo al informe que ha recibido de Knox, es decir, desde un punto de vista crítico. Una segunda razón para tratar los comentarios de Calvino con cierto escepticismo es que él aclara que el reemplazo propuesto por Knox “difiere mucho de un cambio total”. Entonces, si los presionamos estrictamente, tendríamos a Calvino diciendo que la liturgia adecuada a usar es una que no sea un cambio total de “la escoria y las heces

del papismo”. Esta es una retórica polémica y parece dirigida principalmente al grupo de Knox. Finalmente, esta no es la última palabra de Calvino sobre el asunto.

Calvino escribe otra carta sobre la situación inglesa en Frankfurt el 12 de junio de 1555 (Carta 404). Esta carta es sorprendente y hasta confusa. La traducción al inglés está dirigida a John Knox, pero Calvino describe a Knox de una manera completamente incoherente con lo que sabemos sobre la disputa en Frankfurt. Calvino presenta a Knox como alguien que “insistió tan perentoriamente en las ceremonias anglicanas” que mostró estar “más apegado a las costumbres de [su] país de lo que es preciso”. De hecho, Calvino afirma que Knox no se desviaría de “una forma recibida”.

Un segundo problema es que la carta de Calvino a Knox tiene una fecha posterior a la expulsión de Knox desde Frankfurt. Es posible que Calvino simplemente no haya escuchado las noticias aún, pero su carta también habla como si la controversia se hubiera resuelto. Algo no cuadra aquí.

Lo más probable es que la Carta 404 de Calvino tenga un título erróneo. Es más probable que sea sobre John Knox. Esto puede verse en esta sección de la carta de Calvino:

“Ciertamente, no disimulo que, en mi opinión, no se trató de manera piadosa ni fraterna a N., si es cierto que, a instancias clandestinas referentes a ciertas personas, se le imputaron cargos criminales. Hubiera sido mejor permanecer en el país natal que ser llevado a regiones distantes. Estas son las marcas

de una crueldad injusta, para inflamar aun a aquellos que eran adversos a la discordia. Pero como me rehúso a aludir siquiera levemente a faltas de las cuales quisiera que el recuerdo estuviera sepultado en un olvido perpetuo, solo les exhortaré, venerables hermanos, a que si encuentran que las mentes de algunos todavía están resentidas por sentimientos irritantes, hagan lo posible por apaciguar su resentimiento.”

Esta descripción solo tiene sentido si “N.” es Knox y Calvino está escribiendo al grupo restante: el grupo del Libro de Oración. Viéndolo bajo esa luz, Calvino los está criticando por la manera en que trataron a Knox, y son ellos quienes insistieron demasiado en las formas recibidas de la liturgia anglicana. Esto tiene sentido. Cómo explicar el error en el título debe dejarse a aquellos con algún conocimiento del manuscrito original y su crítica textual. Por lo tanto, Calvino todavía simpatiza con Knox y siente que el partido “anglicano” le jugó una mala pasada. Pero esta carta proporciona detalles clave sobre la naturaleza de los elementos ofensivos. Calvino escribe:

“Con certeza lo digo: nadie que tenga un juicio sólido negará que las velas encendidas, los crucifijos y otras baratijas de la misma descripción fluyen de la superstición. Por lo tanto, estoy convencido de que aquellos que retienen estas cosas por elección propia están demasiado ansiosos por beber de heces contaminadas. No veo por qué razón una iglesia debería estar cargada con estas ceremonias frívolas e inútiles (sin llamarlas por su nombre real: perniciosas), cuando tenemos

a nuestro alcance un orden de adoración puro y sencillo.



Por lo tanto, estas son las heces del papismo a las que Calvino se opone. Están muy en línea con las cosas que ha criticado en algunas de sus correspondencias anteriores: velas, crucifijos y “otras baratijas”.

También vale la pena señalar que, incluso con la crítica, Calvino habla de esta facción inglesa como “hermanos respetados”. Se lamenta por Knox, pero también implora a los ingleses en Frankfurt que continúen. Todavía los ve como una verdadera iglesia reformada, aun si no tomaron la misma decisión que él habría tomado.

Cartas Posteriores a Knox y Grindal

Calvino continuó escribiendo a hombres de ambos partidos de Frankfurt. Tenemos otras dos cartas a Knox, esta vez dirigidas correctamente, y también una carta a Edmund Grindal. Dichas cartas son interesantes, pues muestran cómo Calvino continuó teniendo una relación con ambos hombres. También continúan demostrando su actitud hacia ciertos asuntos “anglicanos”.

Primero, a Knox. Calvino escribió a Knox el 7 de noviembre de 1559. La carta es en realidad una respuesta a preguntas que Knox le ha enviado. Algunas de estas preguntas tienen que ver con el bautismo. Calvino afirma que los hijos de “idólatras” y de aquellos que han sido excomulgados deben ser bautizados. Dice que la herencia familiar más amplia todavía

justifica el bautismo de estos niños. “Para nosotros, entonces, no cabe duda de que una descendencia proveniente de antepasados santos y piadosos pertenece al cuerpo de la iglesia, aunque sus padres y abuelos hayan sido apóstatas”. En el proceso de explicar esto, Calvino mantiene que el niño debe tener algún pariente “que dé fe a la iglesia de que se encargará de la tarea de instruir al infante”. Así pues, tenemos el caso de un “padrino”. Los padres del niño no son candidatos aptos para dar fe y, por lo tanto, algún otro pariente puede hacerlo por el bien del niño. Calvino afirma: “No vemos ninguna razón para rechazar a ningún niño para el cual se ha dado una garantía adecuada”; luego agrega que los padres deberían ser los “primeros padrinos” y que dicho estado debería ser un objetivo a largo plazo. Pero, mientras tanto, Calvino está dispuesto a aceptar a otros padrinos para el niño. Concluye: “Mientras tanto, esperando hasta que se hayan hecho mayores progresos y la disciplina se haya fortalecido, permitan que los niños sean admitidos al bautismo en la condición que hemos mencionado, es decir, que sus padrinos se comprometan a asegurarse de que se les enseñen los principios de una religión piadosa e inmaculada”.

La próxima carta de Calvino a Knox llega en abril de 1561. Aparentemente, hay otra controversia, ya que Calvino menciona a ciertos escoceses que han tenido problemas con el enfoque de reforma que el mismo Knox había suscitado. Si bien su simpatía sigue estando con Knox, Calvino teme que el tal pueda haber tenido problemas con algunos de sus comentarios. Calvino dice: “Me duele que algo que ha salido de mis labios haya

causado tal impresión en tu mente, como para hacerte suponer que se te acusó de astucia o mala fe, cosas que considero las más ajenas a tu carácter”. Uno se pregunta qué dijo exactamente Calvino sobre Knox.

Después de esta seguridad, Calvino continúa celebrando los éxitos que Knox ha tenido en Escocia. Dice: “Me alegro enormemente, como puedes suponer con relativa facilidad, de que el evangelio haya tenido un progreso tan rápido y feliz entre ustedes”. Aun así, Calvino también aconseja a Knox hacia una mayor moderación en su campaña de Reforma. Escribe: “Con respecto a la liturgia, confío en que, aunque desagrades a muchos, moderarás tu rigor”. Esto es ciertamente interesante. Después de emitir una suave disculpa por críticas potenciales pasadas, Calvino aquí le pide a Knox que modere las cosas. Continúa diciendo que, “por supuesto”, es el deber de Knox “ver que la iglesia se purgue de todas las impurezas que fluyen del error y la superstición”, pero Calvino también aclara: “Con esta excepción, eres muy consciente de que ciertas cosas deben tolerarse incluso si no las apruebas completamente”. Según la opinión de Calvino, Knox haría bien en tomar un camino intermedio.

También tenemos una Carta de Calvino al “obispo de Londres” en mayo de 1560. El obispo en ese momento era Edmund Grindal, futuro arzobispo de Canterbury y el hombre que se había opuesto a Knox en Frankfurt.

El tema principal de esa carta involucra el nombramiento de un ministro para la iglesia de extranjeros franceses en Londres. Grindal ha asegurado que esta iglesia pueda buscar un

ministro por sí misma y ha pedido a Calvino que sugiera un candidato. Calvino ofreció a Nicholas des Gallars, quien se convirtió en el pastor de la congregación francesa en Londres.

Hacia el final de esta carta, Calvino nuevamente emite una crítica al estado de la iglesia en Inglaterra. Escribe: “Es motivo de profundo pesar que las iglesias de todo su reino aún no se hayan organizado como todos los hombres buenos podrían desear, y como al principio se hubiera esperado”. Pero antes de reaccionar con demasiada fuerza, una nota al pie nos alerta sobre el hecho de que fue el propio Grindal quien inició esta línea de conversación. En su carta a Calvino, en marzo de 1560, Grindal había escrito: “Encomiendo a tus oraciones y a las de los otros hermanos el estado de nuestras iglesias, aún no lo suficientemente establecidas según nuestra opinión”. Así que Calvino está de acuerdo con el obispo. Continúa alentando tanto al obispo como a la Reina Isabel a continuar con la obra de la Reforma. Dice que si la Reina no usa la dominación terrenal, sino que apoya a la iglesia, tendrá una verdadera “supremacía y preeminencia”. Calvino concluye con este elogio a Grindal, acompañado de una bendición: “Pero como ni tu sabiduría necesita de consejo; ni tu magnanimidad, de incitaciones; solo tendré que recurrir a las oraciones y suplicar a Dios, mi excelentísimo y honrado señor...”. Aún con críticas a la iglesia inglesa, Calvino respeta al obispo de Londres y lo ve como un hermano y compañero en el ministerio.

Calvino comienza señalando a Eduardo los ejemplos de Ezequías y Josías: la manera en que ellos derribaron los lugares altos en Israel. La idolatría debe ser desarraigada. Sin embargo, algunos monumentos que quedan de ella permanecen en Inglaterra. Pero antes de hablar de ellos directamente, Calvino dice que algunas “cosas indiferentes” pueden tolerarse. Aun así, a pesar de que puedan ser tolerados (por razón de la adiáfora), deben existir principios reguladores. Las ceremonias deben ser sencillas y ordenadas, sin oscurecer la luz del evangelio, para que “el conjunto sirva y sea adecuado para la edificación de la Iglesia”.

Yendo más allá de las “ceremonias indiferentes”, Calvino se centra en los “abusos manifiestos”, que nunca deben “soportarse”. Estos son “orar por las almas de los difuntos, poner delante de Dios la intercesión de los santos en nuestras oraciones y unirlos a Dios en la invocación”. Este es el principal error restante del que Calvino tiene noticia en la Iglesia de Inglaterra, y anima al rey Eduardo a “ocuparse de ese asunto, para que todo vuelva a un estado sano y saludable”.

Tras exponer este gran error en el culto, Calvino señala también un problema de orden: “los pobres rebaños” están “desprovistos de pastores”. Por culpa de la “ignorancia y la barbarie” que durante tanto tiempo produjo “este maldito papismo”, el clero inglés carece en gran medida de educación y es incapaz de cumplir con sus deberes pastorales. Para remediarlo, Calvino anima al rey a financiar mejor las universidades. Esta promoción calvinista de la educación era una característica del programa protestante más amplio. Calvino quiere mejores escuelas con

mejores profesores, y también quiere que se apoye especialmente a los estudiantes que muestren más potencial para convertirse en pastores reformados. Este es exactamente el mismo discurso que Calvino refirió a Somerset más tarde en el mismo año.

Luego, de forma algo intrigante, Calvino da su opinión sobre las “iglesias extranjeras” en Inglaterra. Estas eran iglesias formadas por exiliados europeos a los que se les había dado permiso para celebrar sus servicios en sus propias lenguas y según sus propias órdenes. En esencia, eran iglesias “luteranas” y “reformadas continentales”, pero dentro del campo temporal de Inglaterra. Calvino alaba a Eduardo por permitir a estas iglesias tal libertad. Es algo bueno. Pero también aconseja que la libertad no se extienda al descuido:

“En lo que respecta al uso de los sacramentos y al orden espiritual, espero que el permiso que has tenido a bien conferirles dé sus frutos. Sin embargo, rey, no puedo dejar de suplicarte una vez más, sintiendo tan profundamente cuán necesario es, no solo que asegures el descanso y el contentamiento de los piadosos que desean servir a Dios y vivir pacíficamente en obediencia a ti, sino también que refrenes a los vagabundos y disolutos si estos se llegan a retirar en tu reino.”

Calvino es consciente de la posibilidad de que las iglesias forasteras se conviertan en focos de desorden e incluso de rebelión. Advierte contra esto y pide al rey que vigile cuidadosamente a qué tipo de personas se permite entrar en Inglaterra bajo esta apariencia. Quiere que estas iglesias tengan la libertad de rendir culto según sus propias liturgias, pero no quiere que esto cree disturbios civiles.

EDMUNDVS GRINDALVS.
CANTUAR ARCHIEPS.
ANNO DOMINI 1580.
ÆTATIS SUE 61.



Obispo Edmund Grindal

De Vos

Conclusión

Ahora debemos concluir nuestro estudio sobre Calvino y la Iglesia de Inglaterra. Hemos abordado un período que va desde los primeros días del Rey Eduardo VI hasta el reinado de Isabel I. A lo largo de este tiempo, Calvino ha mostrado una actitud bastante coherente. Cree que la Iglesia de Inglaterra es una iglesia verdaderamente Reformada, pero que necesita seguir reformándose para alcanzar un estado más puro. Esto se lo expresa a Cranmer, a varios magistrados ingleses, a los ingleses en Frankfurt y al Obispo Grindal.

Sin embargo, cuando Calvino especifica los errores que ve en la iglesia anglicana, no menciona los distintivos esenciales del Acuerdo Anglicano de 1662. No les dice que rechacen el episcopado. No afirma que el Libro de Oración Común sea ilegítimo. No habla sobre el calendario litúrgico, ni sobre arrodillarse durante la Comunión. Y en cuanto a ciertos vestuarios litúrgicos, claramente afirma que pueden ser tomados como casos de adiáfora. Lo que Calvino considera intolerable es el uso litúrgico de velas, crucifijos, aceites para ordenación y oraciones a los santos. También cree que la iglesia debe promover la predicación de la palabra y, por ende, un clero educado.

En lo que respecta a asuntos ceremoniales, que son de naturaleza indiferente, Calvino es claro acerca de sus preferencias. Personalmente cree que muchos de estos elementos deberían eliminarse en favor de la simplicidad. Sin embargo, considera que este proceso debe

realizarse de manera ordenada. Aquellos que no poseen autoridad o jurisdicción sobre tales asuntos deben continuar sometidos, incluso cuando no estén de acuerdo. Los tales no deberían romper la unidad de la iglesia por formas externas. Para aquellos en autoridad, Calvino cree que deben seguir un curso moderado de Reforma, sin arriesgar el bien mayor de la iglesia por ser demasiado rigurosos en ninguna dirección.

Aunque podría ser un resumen demasiado general, podríamos decir que Calvino es “puritano” en gustos personales y metas finales, pero “anglicano” en principios básicos y política eclesiástica. Y aunque quizás no se logró cada instancia de su Reforma preferida, se logró bastante. Por ejemplo, el propio Cranmer comenzó a educar a los laicos y a enseñarles a predicar. Esto continuó aún más durante los reinados de Isabel y de Jacobo. El Libro de Oración Común de 1662 no tiene oraciones a los santos. Tampoco tiene velas en sus rúbricas. El Ordinal no prescribe ungimiento con aceite. Si Calvino hubiera vivido otro siglo, habría obtenido la mayoría de lo que pidió.

Pero aun aparte de esa evaluación a largo plazo, el argumento de Calvino sobre autoridad y moderación es completamente coherente con los principios defendidos por Cranmer, Hooker y, sí, Durel. Cuando se lee cuidadosamente, Calvino es un amigo de los anglicanos clásicos.

Acerca del autor

Steven Wedgworth es el pastor de la Christ Church Anglican en South Bend, Indiana. Fue uno de los fundadores de The Calvinist International y The Davenant Institute. Ocasionalmente, escribe para Ad Fontes Journal.

Estos artículos fueron publicados originalmente en [Ad Fontes Journal](#) y han sido traducidos con el permiso del Pastor Steven Wedgworth. Ad Fontes Journal es una publicación de The Davenant Institute, una institución que busca recuperar la riqueza del protestantismo clásico para renovar y edificar la Iglesia contemporánea.

■ ¿Quiénes somos?

Somos un medio digital que se enfoca en impulsar el redescubrimiento de la iglesia patristica y medieval desde una perspectiva Reformada. Nuestro propósito es difundir la Tradición Reformada a través de una variedad de contenidos y formatos, incluyendo artículos, podcasts, cursos educativos y vídeos de reflexión.

■ Esto es lo que hemos hecho hasta ahora

Creamos un [Blog](#) en el que publicamos artículos de autores destacados y probados en el mundo académico.

Grabamos un [Podcast](#) en el que discutimos acerca de la Teología y la Tradición Reformada.

Diseñamos un curso de [Patrología](#) en el que proveemos una introducción, desde una perspectiva Reformada, a la teología, vida y obra de los Santos Padres de la Iglesia.

■ ¿Cómo apoyarnos?

Si te edifica lo que hacemos, puedes apoyarnos orando para que podamos seguir traduciendo a los mejores autores posibles y con una calidad notable.

También puedes orar para que más personas que aman a Dios y se identifican con la Tradición Reformada se unan a nuestro equipo, y con sus habilidades, nos ayuden, desde todos los formatos posibles, a explicar con precisión dicha tradición.

Si deseas comunicarte con nosotros, puedes escribirnos a

info@catolicismoreformado.com



CATOLICISMO REFORMADO

UNA FE, UN SEÑOR, UN BAUTISMO